

es capaz de tener deberes. Al Sr. Campoamor no se le había ocurrido nunca decir que una máquina tiene deber de trabajar, ni un irracional deber de realizar tal ó cual acción; porque ni la máquina ni el animal tienen deberes por no ser susceptibles de derecho. La escuela del Sr. Campoamor, cuando se trata del deber, nos hace á todos iguales; pero cuando se trata de derecho nos creé desiguales. El pobre tiene deber de respetar la ley, de obedecer al gobierno, de sujetarse á los tribunales, de pagar contribuciones, de dar sus hijos para el ejército. Pero se trata de derechos, y ya entonces no es igual el pobre al rico.

El pobre no puede expresar libremente su pensamiento y aspiraciones; no puede votar en los comicios; no puede mandar sus representantes al municipio, sus legisladores á las Córtes; no puede tener esos derechos, que son el fundamento de nuestra naturaleza. Confieso que el mundo antiguo era más lógico que la escuela doctrinaria; admitía la esclavitud, pero admitía al mismo tiempo la desigualdad de la naturaleza humana, por consiguiente la desigualdad de deberes. El esclavo no estaba obligado á ir á la guerra ni á presentarse á los tribunales, ni pagaba ningún tributo, porque había nacido en las esferas inferiores de la vida; era por naturaleza distinto de su señor. Este es un error grave, pero un error lógico. Mas creerlo susceptible de deberes y no creerlo susceptible de derechos, es más que un er-

ror, es un absurdo que la escuela doctrinaria comete á sabiendas. Kant, que dió la primer idea filosófica del derecho, ha dirigido la invocación más elocuente que ha salido de la pluma del hombre á la santa noción del deber. La escuela democrática, desde el primer instante que dirigió su humilde voz al pueblo, le dijo que había de ser justa hasta con aquellos que le han encadenado á la justicia, y había de respetar la libertad y el derecho, hasta en los que le han creído indigno de la libertad é incapaz de derecho, pues la hora de su triunfo era la hora de muerte de todas las tiranías.

Yo creí que el Sr. Campoamor no sería como su escuela, ilógico; es decir, que negando las libertades individuales, admitiría las libertades económicas, sobre todo esa libertad que ha de destruir las fronteras, y ha de matar el egoísmo de los pueblos, y ha de preparar la fusión de todas las razas, y ha de equilibrar las fuerzas productoras del hombre, y ha de abrir más fuentes de vida aun en la naturaleza; en una palabra, la libertad de comercio. Pero me he engañado á fé mia, y lo siento por el Sr. Campoamor, mi digno contendiente, que ha entrado á saco en la escuela enemiga, y en su furor nada ha perdonado. Ha

herido no solamente las ideas, ha herido las personas, y á personas de tanta autoridad y tan dignas de ser respetadas y queridas, como mis amigos los señores Canalejas y Rodríguez. Yo perdono al señor Campoamor lo que de mí ha dicho; pero no puedo, no debo perdonarle lo que ha dicho de mis amigos. Los orterás de la inteligencia como llama el señor Campoamor al Sr. Rodríguez en su particular estilo, cuando tratan de unir el hecho, la idea, las leyes económicas y la libertad, el trabajo y la propiedad, y la vida del espíritu, y la vida de la naturaleza, cumplen una obra meritoria, grande, contribuyendo á realizar la gran síntesis del siglo XIX, que ha de ser como la corona del hombre emancipado, cuando haya visto rotas á sus plantas todas las cadenas. El señor Campoamor me llama á mí, pobre é ignorante demócrata, mandarin de la China. Yo creí que ese título de mandarin era propio de los que quieren ser la razón, la voluntad, el derecho de la sociedad; creí que los hombres funestos que han violado el hogar doméstico, que han escarnecido todas las leyes, que han proclamado como único dogma la dictadura y se han endiosado hasta el punto de creerse eternos en el poder, y de trazar un límite infranqueable al progreso, los que creen que el hombre está condenado á ser siempre menor de edad, siempre encorbado bajo una vergonzosa tutela, eran los que merecian el título de mandarines, porque solo á un mandarin chino podia ocurrírsele el intervenir hasta en la ofi-

cina del estómago, con ese poder inmenso, incontrastable, que el Sr. Campoamor cree único capaz de salvar en esta nuestra edad las naciones, método muy parecido al del Sultán de Constantinopla y al del jefe del celeste imperio.

VI.

Para concluir, sólo faltaba que el Sr. Campoamor me excomulgara, y en efecto, me ha excomulgado. Me pregunta por mi religion, me pregunta por mi creencia. Y mi religion es de aquel que, habiendo criado los cielos y la tierra, descendió de la eternidad á romper las cadenas del esclavo, á exaltar la dignidad de la mujer, á consolar á los pobres y á los humildes, y á unir en amor y paz todos los hombres, y á predicar la libertad, y á consagrar la igualdad en nuestra naturaleza; á decirnos que todos, desde el ser más humilde hasta el que se cree más poderoso, desde el que ha nacido en pobre choza hasta el que ciñe corona ó tiara, somos hijos de Dios; doctrina santísima, eterno ideal de la civilización, eterna ley de nuestra conducta, que no exaltó á los sabios sino á los ignorantes; que no buscó á los poderosos sino á los humildes; que no abatió al esclavo si no á su injusto señor; doctrina que trasciende hoy, despues de diez y nueve siglos, á la es-

tera social, y que será siempre el signo del divino origen de nuestro espíritu, y la consagracion de la inviolabilidad de nuestros derechos. Esta religion la he aprendido en los labios de mi madre, y la guardo en el fondo de mi corazon como la miel que endulza la amarga levadura de mi vida. Pero esta religion es una verdad divina, una verdad moral, un ideal para los pueblos que nacen bajo su poderoso influjo, y que crecen al calor de sus divinos dogmas. Este ideal, escrito con la sangre del Verbo divino del Calvario, ha enseñado tres grandes verdades: la unidad de Dios, la unidad de la especie humana y la responsabilidad moral del hombre. La unidad de Dios, destruyó la tiranía del destino; la igualdad fundamental de nuestra naturaleza, hirió de muerte el privilegio; la responsabilidad humana, exaltó la libertad, hizo al hombre dueño de su alma, artífice de su vida. Si aún quedan restos de feudalismo en algunas sociedades modernas, si aún hay quien se cree superior por su naturaleza á los demás hombres, si aún se imaginan algunos orgullosos que, por inteligentes y sabios, están destinados á formar una casta para gobernar con el látigo y el bozal á los demás pobres sus hermanos, es porque aún quedan en el fondo de la sociedad heces del antiguo paganismo; que diez y nueve siglos no han bastado para encadenar el error.

VII.

He concluido mi contestacion al Sr. Campoamor. Las verdades que sostengo son tan evidentes, que sólo la ofuscacion puede desconocerlas y negarlas. Yo las sostengo, porque las creo justas, y no miro si lastiman ó no mis intereses. Todo interés que la razon lastime es un interés injusto. Por este camino se vá á la paz, al orden, á la armonía, y á la conclusion de todos los antagonismos. Por este camino, en política, vamos á la consagracion del derecho, á la libertad, á la realizacion social del cristianismo. El Sr. Campoamor lo niega, porque el señor Campoamor está enfermo en su inteligencia y padece una ceguera incurable en su alma. Siempre que una gran verdad aparece en el mundo, los que viven á la sombra del error se levantan á denostarla y perseguirla; pero la verdad se levanta del fondo de los calabozos, atraviesa incólume las llamas de las hogueras, se cierne sobre el alborotado mar de nuestras pasiones, y realiza el bien y extiende su poderoso y benéfico influjo hasta en los que han sido sus perseguidores y sus verdugos.

1020124688

SR. DIRECTOR DE LA DISCUSION.

IV

Mi querido amigo: Doy por concluida en esta carta mi larga polémica con el Sr. D. Ramón de Campoamor. Esta polémica debe terminar, porque es infructuosa, porque es inútil, porque me roba el tiempo que he menester para contestar á las luminosas, á las brillantes consideraciones de los distinguidos poetas D. Carlos Rubio y D. Juan Valera, que levantando las cuestiones á su verdadera altura, en el estilo mesurado y grave que cumple á escritores españoles, han combatido mis ideas, no con la pasion que ciega, sino con el raciocinio, que todo lo esclarece y lo fecunda. Tengo empeñadas estas polémicas á la faz del público, y las concluiré; sí, las concluiré con tanto mas gusto, cuanto que un amigo mio, muy inteligente y muy recto, está ya con la pluma levantada, dispuesto á resumir en un libro toda la historia de la larguísima controversia que ha promovido *La Fórmula del Progreso*; controversia en que todas las escuelas se han levantado con sus títulos en la mano á decir al pueblo «júzganos,» como si presintieran que se acerca la hora de los grandes juicios; una de esas horas tremendas en que la Providencia pronuncia su última palabra sobre los pavorosos problemas que agitan la mente de los hombres.

Se comprende, puesto que muchas veces me lo ha

dicho, que la polémica ménos importante es la polémica empeñada con el Sr. Campoamor. La razon, en mi sentir, de esta ligera importancia, es muy sencilla. El Sr. Campoamor no ha intentado herir á mi escuela; ha intentado herirme á mí; y yo no me curo de intenciones tan inocentes y tan inofensivas.

¿Qué le interesa al público que yo sea la hermana de la caridad de mi partido, un apóstol de relumbro y de ideas abuecadas, y con tontillo, un Dulcamara verbosísimo; que mis discursos representen una fantasmagoría destinada á encontrar aplausos; que mi vida sea una monótona música celestial; que mi tienda esté compuesta de quincalla; que yo dore braseros para hacer de Escevola, y platee puñales para representar á Bruto; que cite al Dante; que lllore y gimotee siempre; que mis razones parezcan niñadas; que mis artículos sean mortales y de una extension deplorable; que yo no sepa la historia romana tan bien como el Sr. Campoamor la sabe; que sea yo el escritor más ingenuo y de ménos ingenio conocido; que tenga una autolatría desenfrenada; que mis síntesis se compongan del cayado de Sixto V y las chinelas de Juana de Arco, y la coraza de la otra Juana quemada por la inquisición; que padezca yo de una gran laxitud religiosa: todo esto, qué le interesa, repito, al público, que no pára mientes en oscuras personalidades, y quiere ideas y pide doctrinas?

Trés grandes cuestiones hemos tratado en esta polémica; una cuestion filosófica, una cuestion económica, y una cuestion política; ó sea la idea del derecho, el enlace de esta idea con las libertades económicas, y la moralidad de las doctrinas del partido moderado. En la cuestion de derecho, el señor Campoamor no ha querido indagar si el derecho estaba en el hombre ó fuera del hombre; si la libertad es una ley de la naturaleza humana; si la igualdad es una condicion inseparable de todas las libertades; si la idea de la personalidad es ó no la raiz del Estado y del Gobierno; si hay derecho en la sociedad contra el derecho; si el espíritu debe en todas sus manifestaciones ser respetado; si la ley política para ser duradera se ha de armonizar con la ley que llevamos grabada en el alma por el dedo del Creador; si el principio del derecho explica las alternativas de los imperios, y hasta la vida de la humanidad; no ha querido tratar estas cuestiones, que eran como el prólogo de toda la polémica, y se ha contentado con decir que esa idea del derecho Kantiano le molesta, le dá dolor de cabeza y no la entiende. El señor Campoamor alcanzará que hablar de una idea con quien no la comprende, es lo mismo que hablar á quien no entiende nuestra lengua. Polémica excusada en este punto, y excusada por confesion propia del Sr. Campoamor.

Hemos trabado una polémica, si no yo, mis amigos, sobre las cuestiones económicas, y sobre la li-

bertad del comercio y del crédito, sobre la contribucion única, sobre la abolicion de todas las contribuciones indirectas que son el impuesto progresivo contra el pobre, sobre las trasformaciones que ha de traer consigo el derecho de asociacion aplicado á todos los fines de la actividad humana, y especialmente al trabajo; y el Sr. Campoamor se ha contentado con decir que nunca ha resuelto problema alguno económico, y que nada sabe de economía política, y que nada quiere con los horteras de la inteligencia. Segundo término de la polémica de todo punto excusado.

Vamos al tercer punto, al de moralidad de las doctrinas del partido moderado. Al llegar á este punto, el Sr. Campoamor se extraña y dice que esto es un escándalo. Pues qué, ¿no se puede hablar de la moralidad ó inmoralidad de una escuela, de un partido, de un pueblo, sin escándalo? Escándalo sería la Biblia, porque pinta la protervia de Babilonia; escándalo el Evangelio, porque condena la hipocresía de los fariseos; escándalo la sublime moral de Epicteto, porque traza el cuadro del epicureismo y de sus vicios. Y conste que yo no he hablado de los hombres, he hablado de las ideas; yo no me he referido á la historia del partido moderado, presente siempre en la conciencia del país, sino al símbolo de sus doctrinas, al espíritu de su escuela. Y despues de haberlo meditado mucho, digo que esa escuela es inmoral. Entiendo por inmoral toda doc-